Informaciones 19 abril 1950

(51)

Colaboradores de INFORMACIONES

UN HOMENAJE DEBIDO

Por Joaquín CALVO SOTELO

No sé desde cuándo la palabra locutor ha encontrado albergue en los diccionarios. En el de Julio Casares, que tengo a mano, ha sido recibida, y se la define en su característica acepción, como la persona «encargada de los anuncios y demás comunicaciones en una estación de radiotelefonía». Poco tiempo lleva hospedada entre nosotros con ese matiz diferencial, pero ha sido, en corto espacio de tiempo, traída y llevada profusamente; de modo concreto, desde que la radio se abrió un hueco en nuestros hogares y metió la cuña de su voz entre las nuestras.

Vamos asistiendo, de modo paralelo, a la perfección creciente de las emisoras y de los aparatos receptores, al nacimiento y desarrollo de una actividad pseudoliteraria cual la del locutor es, necesitada de específicas gracias, de ciertas dotes, unas, ajenas a la literatura, tales la claridad de la dicción y la pureza prosódica y lo grato del timbre otras, directamente enlazadas a ella: tales, la palabra fácil, la imagen pronta y un estilo de sencillísima y llana elocuencia, en el que la improvisación reclama sus fueros y mediante el cual ha de establecerse contacto fulminante con un número, en la realidad ajeno a todo cálculo posible, de auditores.

El locutor, naturalmente, leerá unas veces sus cuartillas y, entonces, aquellos primeros atributos habrán de bastarle, pero en otras necesitará actuar como un relampagueante fedatario de cuanto, sin sujeción a nada previsible, suceda en su presencia, y para esos casos en los que ni muletas, ni pautas, ni guiones sirven de nada, sólo el ingenio y la agilidad le ayudarán a sortear los rigores del trance.

En ocasión del partido España-Portugal, jugado en Lisboa, yo he oído, a un locutor ejemplar, un curso entero y completísimo de su difícil ministerio. Soy en absoluto ajeno al fútbol, a sus encantos y a sus sirtes. Por lo que a las contiendas internacionales concierne, ya en alguna ocasión manifesté mis puntos de vista, harto singulares como para que espere merecer la aquiescencia de nadie. Figúrense que yo postulo su prohibición, si es que el objetivo perseguido es el de estrechar lazos entre los países en pugna, y si sólo su conveniencia como válvula de escape para los odios prebélicos que les animen. Mi admirado José María Cossío me amonestó con severidad por mantener tan descabellada tesis, y yo, aunque continúo terne en ella, he perdido ya la esperanza de que alguien se acerque a darme la razón y a temer conmigo que uno cualquiera de estos partidos internacionales amistosos obligue a movilizar diez o doce de las últimas quintas. El caso es que, con el ánimo ajeno a la gravedad de la hora en que vivía, abrí la radio justo en el instante en que la voz de Matías Prast era llevada, a caballo de las ondas, a los más dispares confines. Y que a partir de ese momento, y como si en aquello me fuera algo, yo seguí con estos oídos que, como los ojos, se ha de comer la tierra, las alternativas, los zig-zas de la lucha, que tan pronto parecía brindarnos el laurel de la victoria como amenazarnos con la catástrofe y la amargura de la derrota.

Entiendo que lo que Matías Prast hizo ese día es realmente excepcional. Sé que lo ha hecho en otros de igual manera y con igual perfección, y hasta conozco, por terceros, la irrisoria mesnada que recompensa un esfuerzo de tamaña dificultad, y todo ello me induce a proponer que se le rinda, en la forma que se juzgue adecuado, un homenaje que premie y estimule sus tareas.

Supongo que ahora sí conseguiré adeptos. Dada la índole de los tiempos en que vivimos y la anchura que la pasión del fútbol ha logrado entre nosotros, puede asegurarse que Matías Prast ha sido esperado y seguido el día 9 por muchos millones de españoles. Me sobran varios de los dedos de la mano para contar los que en el campo de la política o de las letras han merecido una tan unánime atención. Es cierto que a Prast no se le dispensaba por razones subjetivas, sino como reflejo del trascendental acontecimiento deportivo al que servía, pero también lo es que hubiera podido no estar a la altura de su responsabilidad y habernos ofrecido una versión mediocre y anodina del espectáculo que presenciaba y que no fué así. A través de sus explicaciones, la capacidad del estadio lisboeta se centuplicó. De su mano, infinitos y etéreos polizones entraron de rondón a sus tribunas y siguieron con él, sobre el peinado césped, los imprevisibles giros del juego. En torno de cada automóvil, con la antena desplegada, cuajó un auditorio de transeúntes. En los cafés, murieron cuartetos, animadoras y tertulias: la radio captó lo que de Lisboa venía y lo sirvió a sus clientes, como un plus codiciadísimo de la consumición. Bajaron los vecinos del sexto y subieron los del primero, que no tienen radio, y se enracimaron en las butacas y en las sillas del vestíbulo de don Javier, el del segundo, que sí la tiene. Y pobres y ricos, jóvenes y viejos, veteranos y catecúmenos, oficiantes y ateos del fútbol escucharon a Matías Prast durante dos horas, sin un titubeo, sin un fallo, la descripción oral de lo que acontecía entre los veintidós jugadores y el árbitro, allá, bastante lejos de la Puerta del Sol, a orillas del Atlántico.

Entiendo que a ese juvenil relator que jadeaba cuando la pelota se acercaba a la portería enemiga, que se estremecía cuando merodeaba la nuestra, que pasaba, combinaba, atacaba, se defendía y tiraba a gol con la laringe, debemos darle las gracias de alguna manera. Si a mi juicio los partidos internacionales son un antiaglutinante peligroso para el mundo exterior, valen, en cambio, por mil discursos para ayudar a la homogeneidad nacional. No deja de ser pintoresco que, al conjuro del «penalty» contra España, una ráfaga de solidaridad, frente al pueril peligro, haya rubricado la hermandad de andaluces, vascos, gallegos, etc., etc. (Tantas veces, a contrario sensu, resquebrajada por los antagonismos deportivos regionales.) Bien venidas sean esas emociones que nos enlazan, por muy fútiles que sus motivos nos parezcan. Y tenga Matías Prast la certeza de que, sin secesiones ni banderías, su voz ha sido asistida y alentada, durante dos horas singularísimas, por el corazón de todos.